

JUAN CALATRAVA  
FRANCISCO GARCÍA PÉREZ  
DAVID ARREDONDO  
(EDS.)



# LA CULTURA Y LA CIUDAD

INTRODUCCIÓN..... XVII  
JUAN CALATRAVA

LECCIÓN INAUGURAL..... I  
RIFRATTI DI CITTÀ DAL RINASCIMENTO AL BAROCCO..... I  
CESARE DE SENA

SECCIÓN I  
LA IMAGEN CODIFICADA: REPRESENTACIONES DE LA CIUDAD..... I  
EL MITO DEL LEJANO OESTE EN LAS CIUDADES DEL SURESTE NORTeamERICANO..... 11  
CARLOS GARCÍA VÁZQUEZ

LOS AUTORES  
UNIVERSIDAD DE GRANADA  
Campus Universitario de Cartuja

LOGOTYPES AND CITIES REPRESENTATIONS..... 22  
JEAN-LUC ARNAUD  
Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada  
Tel: 958 243930-246250  
Web: editorial.ugr.es

RECONSTITUCIÓN URBANA: TRAZA, ESTRUCTURA Y MEMORIA..... 33  
JAVIER ORTEGA VIDAL  
ISBN: 978-84-328-2939-6  
Depósito legal: Gr.836-2016

NOUEVOS TIEMPOS, NUEVAS HERRAMIENTAS: UN CASO DE IGIS..... 45  
ANTONIO J. GÓMEZ-BLANCO PONTES  
Edita: Editorial Universidad de Granada  
Campus Universitario de Cartuja, Granada

EL PASO DE LOS TRISTES DE GRANADA COMO REFERENTE DE UNA RECONSTRUCCIÓN  
PROPÓSITO DE UN DIBUJO DE WILLIAM GELL..... 53  
MARIÁ DEL MAR VILLAFRANCA JIMÉNEZ  
Fotocompositor: María José García Sánchez, Granada  
Diseño de cubierta: David Arredondo Garrido  
Imprenta: La Manzanera, Alfolíes, Granada

LA CIUDAD EN LA NOVELA GRÁFICA AMERICANA  
TRÁVÉS DE CINCO AUTORES JUDÍOS: WILL EISNER, HARVEY PEKAL, ART SPIEGELMAN, BEN KATCHOR Y  
PETER KUPER..... 63  
RICHARDO ANGUIITA CANTERO  
Printed in Spain - Impreso en España

EL PAÍS MODERNO DE CHARLES BAUDELAIRE Y WALTER BENJAMIN..... 73  
ANTONIO PIZZA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de  
esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista  
por la ley.

Granada, 2016

DE LA VIDA ENTRE JARDINES A LOS SOLARES YERMOS  
EN TORNO A UNA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DE TOLEDO

VICTORIA SOTO CABA  
ANTONIO PERLA DE LAS PARRAS

Para los geógrafos andalusíes, la visión de la ciudad de Toledo era la de un paisaje apacible, repleto de vergeles y rodeada de cultivos, un verdadero oasis<sup>1</sup>. Una visión a la que acercarnos sin olvidar que, como muy bien señala Martínez Gil, las noticias islámicas son externas y epidérmicas, escritas «desde fuera» y con textos que a menudo se solapan, pues los autores bebían unos de otros<sup>2</sup>. Muhammad Al-Edrisi (hac. 1100-1172) suministró una de las referencias más antiguas y completas: «Está situada sobre un cerro y hay pocas villas que se puedan comparar con ella por la solidez y la altura de los edificios, la belleza de los alrededores y la fertilidad de sus campos regados por el gran río llamado Tajo. Se ve por allí un acueducto..., una máquina hidráulica que hace subir las aguas a 90 estadales de altura; llegadas a lo alto del acueducto siguen la misma dirección y penetran después en la ciudad...»<sup>3</sup>. Era pues Toledo una ciudad con abundante agua (ya lo era la ciudad romana) y rodeada de jardines que «están regados por canales, sobre los cuales hay establecidas ruedas de rosario destinadas al riego de las huertas, que producen en cantidad prodigiosa fruto de una belleza y una bondad extraña. Se admiran desde todos lados las bellas posesiones y los castillos fortificados»<sup>4</sup>. Pero la riqueza de sus huertos no solo se encontraba en el exterior, pues en el interior de la ciudad había considerables jardines; emires y altos dignatarios del Toledo islámico repoblaron de frutales y flores, de estanques y surtidores, los vergeles de sus magníficas posesiones, tanto del interior de los muros que la circundaban como del exterior.

Almunias como la de al-Mansura edificada por al-Mamunibn Di l-Nun (1043-1075) (la almunia Real de la Vega Alta), el granadal de la Almfala o de San Pablo (junto a la Puerta del Vado), la almunia de Abenjaima (en la vertiente sur) o el huerto aterrazado de la torre

1. Aspecto que estudió Clara Delgado, «Noticias sobre Toledo suministradas por los geógrafos musulmanes» en *En la España Medieval*, Tomo V, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1986, y *Toledo islámico: ciudad, arte e historia*, Toledo, Zocodover, 1987.

2. Fernando Martínez Gil, *La invención de Toledo. Imágenes históricas de una identidad urbana*, Ciudad Real, Almad Ediciones, 2007, pp. 40-41.

3. Muhammad Al-Edrisi, «Descripción de España» en José García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, vol. I, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, pp. 179-180.

4. La alusión con que finaliza la cita de «bellas posesiones» y «castillos fortificados» se refiere a las almunias toledanas que se extendían extramuros, una arquitectura doméstica que unía cultivo con jardinería y que se protegía mediante una línea de fortificación.

de Ben Alfarax (en la pendiente suroeste, bajo el convento de San Gil), pueden servirnos como botón de muestra de algunas de las almunias y plantaciones que la circundaron<sup>5</sup>. Los jardines islámicos o de origen islámico del interior de la ciudad son más complejos de rastrear, pues se encuentran muy alterados y transformados en sus usos. No obstante, podemos mencionar los huertos de Santo Domingo el Real, del antiguo Seminario Conciliar (Carmelitas) y de Nuncio el Viejo, en la ladera norte, los del convento de la Concepción Francisca, vestigios vivos (aunque moribundos) de los antiguos palacios de al-Mamun en el al-Hizam, también conocido como el Ceñidor, que albergaba la ciudadela militar y administrativa). Más al oeste, por citar un huerto colgante o pensil, se encuentra el del Cerro de la Virgen de Gracia y hacia el sur el del Palacio de Muñarriz.

Sin embargo, esta imagen atractiva, la de una ciudad de huertas y vergeles regados por el río, que albergaba en su interior uno de los conjuntos de tipologías y desarrollo de jardines más interesantes y enigmáticos —para nosotros— del mundo hispanomusulmán, no parece que durara mucho tiempo. La percepción de Toledo entra en un proceso de paulatino cambio. En algunas crónicas, como la de León de Rosmihal, se menciona ya una ciudad escasa de árboles, aunque insiste sobre todo en el aprovechamiento del río para fertilizar la zona de la Vega «que se riegan con norias que sacan el agua del Tajo; el resto de la Vega es estéril y sin un árbol»<sup>6</sup>. A finales de la Edad Media la tónica seguía siendo la de una ciudad apacible, rodeada de montes arbolados y una llanura fértil<sup>7</sup>.

El Toledo de comienzos de la Edad Moderna es una ciudad heredera de un cultivo y unas técnicas agrarias que implantaron los árabes desde el siglo XI, de tal forma que hasta el siglo XV, en cuestión de arboricultura, seguía presente el viñedo bordeando los márgenes del río y el olivo, pero eran las huertas y la agricultura irrigada el paisaje predominante que se alineaba a lo largo del río<sup>8</sup>. Estas huertas, que podían introducirse intramuros, siempre que lo permitiera la aglomeración urbana, estaban cercadas de muros o tapias y contaban con pozos, albercas, minas de agua o aljibes (de uno en uno o combinando varios).

En los muros del norte se abrían cuatro de las puertas de la ciudad. De hecho, cuatro de las puertas más representativas (a pesar de que prácticamente todas las vistas de Toledo, salvo la de Anton van den Wyngaerde y la *Vista y plano de Toledo* de El Greco y poco más, siempre se han desarrollado desde el sur): la Puerta Nueva de Bisagra, la Puerta Vieja de Bisagra, la de Almagera (desaparecida, o más bien sepultada creemos) y la del Cambrón. La llegada y

5. Julián Ramos, «Las almunias de la ciudad de Toledo», *Tulayrula Revista de la Asociación de Amigos del Toledo Islámico*, 3, 1998, pp. 51-75, habla de la existencia de doce almunias. De algunas de ellas solo quedan las referencias documentales, los vestigios de algunas, como la de Ben Alfarax se conservan ocultos, como pudimos testimoniar en el *Estudio sobre los espacios verdes en la ciudad de Toledo* que realizamos en 2009 por encargo del Consorcio de la Ciudad de Toledo y que se encuentra en revisión para su publicación.

6. La relación del viaje por España de León de Rosmihal de Blatna (realizado entre los años de 1465 a 1467) también en Ángel y Jesús Villar Garrido, *Viajeros por la Historia. Extranjeros en Castilla-La Mancha*, Toledo, Servicio de Publicaciones de la Consejería de Educación, 1997, p. 68.

7. Aunque la ciudad daba lugar a emulaciones peregrinas, como la de Münzer, quien comparó Toledo con la ciudad de Berna, por su ubicación en un monte, Jerónimo Münzer, *Viaje por España y Portugal, 1494-1495*, Madrid, Ediciones Polifemo, 1991, p. 247.

8. Los viñedos se extendieron a manera de un estrecho cinturón alrededor de la ciudad; Jean Pierre Molenaar, *Campagnes et monts de Tolède du XII au XVIècle*, Madrid, Casa de Velázquez, 1997, p. 461 y ss.

vista de esta vertiente de la ciudad se mostraba como un vergel, con los huertos aterrizados ya mencionados, con el Huerto del Cardenal y los de la Bajada de la Granja. La entrada a la ciudad, desde el norte, por la denominada Vega, llana y siempre cultivada, siguió marcando la imagen de una urbe arbolada y fértil. Así, a mediados del siglo XVI, Pedro de Alcocer en su *Historia o Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo*, un texto característico más de la hagiografía laudatoria de las ciudades de la época moderna, compendia las excelencias de un Toledo que, pese a mencionarla de «alto, áspero, firmísimo, y inexpugnable y brava peña», contaba con «frescas y hermosas alamedas» en sus riberas, «sotos y huertas», rodeada igualmente de «viñas y olivares», una ciudad cuyo río y sus sistemas de riego permitían no sólo los cultivos extramuros, sino también los numerosos huertos del caserío intramuros, en especial los de los conventos y monasterios<sup>9</sup>. Resulta difícilmente explicable, el hecho de que en un relativo breve período de tiempo estas laderas verdes se convirtieran en otros *derrumbaderos* más, a semejanza de los de las vertientes sureste y sur, en los que el escombros de la ciudad colmató gran parte de lo que en tiempos fueron huertos.

Pese a las amenidades que Tirso de Molina refiere de los cigarrales y las jugosas vistas del Toledo grequiano, la ciudad comienza a soportar calificativos negativos. El de árido, algo que será proverbial de la ciudad<sup>10</sup>, todavía no se aplica, aunque sí el de áspero<sup>11</sup>. Con Pedro de Medina encontramos el epíteto, y también en las cartas del embajador veneciano Andrés Navagero para quien tan sólo las huertas extramuros son las que proporcionan una imagen amena, como «la Huerta del Rey» y las huertas extramuros, «el resto —nos dice— es estéril y sin un árbol» y la ciudad intramuros «sin ningún solar ni jardín»<sup>12</sup>. Alcocer insistirá en las «frescas alamedas», pero insinúa tácitamente su aislamiento, pues convierte a la ciudad en una isla atalaya y vigía de las vistas del paisaje circundante —un sentimiento de *insularidad* que tiene sus raíces profundas en la configuración de la ciudad—.

Con la formación de una ciudad conventual a lo largo del siglo XVII se sucederán las impresiones negativas de los viajeros. El texto de Jouvin, de 1672, es una de las primeras crónicas en resaltar su sequedad. Se entra en el tópico de una ciudad seca, sin agua. Parejo al interés ilustrado por repoblar de plantíos y nuevos cultivos en las lindes del río, la ciudad comienza a ser el icono de la esterilidad.

Una nueva imagen cargada de tintes negativos se fue forjando, al convertirse la urbe en paradigma de lo árido y lo infértil. Los viajeros del siglo XVIII—especialmente los ilustrados—, no dudaron en calificarla de árida, incluso sus alrededores. Baste recordar los párrafos que Ponz le dedica. Pese a que no se ocupa de los «excelentes patios» que las numerosas órdenes albergaban, trasunto y herencia de los antiguos jardines y huertos,

9. Pedro de Alcocer, *Historia o Descripción de la Imperial Ciudad de Toledo. Contadas las cosas acontecidas en ella, desde su principio, y fundación. A donde se tocan, y refieren muchas antigüedades, y cosas notables de la Hystoria general de España.*, Toledo, Agora nuevamente Impresa. Por Juan Ferrer, 1554. Vid. Libro I, fol. X y ss.

10. Cfr. Victoria Soto Caba y A. Perla de las Parras, «Vulnerable images: Toledo, the arid city and its hidden gardens», en *Actas del International Colloquium Gardens and Tourism for and Beyond Economic Profit* Coord. Ana Duarte Rodrigues, Evora, CHAIA/CIUHCT, 2015, pp. 27-46.

11. «Equivale a estéril... y toda cosa seca tiene en sí aspezeza» en S. de Covarrubias, *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, Madrid, Luis Sánchez impresor del Rey N.S., 1611, p. 97.

12. En José García Mercadal, *op. cit.*, vol. II, p. 19.

muchos intramuros e interiores, sí subrayó el carácter de ruina que afectaba al caserío, recalcando los eriales que circundaban una ciudad que, paradójicamente, estaba abrazada por el río: «los grandes pedazos de ciudad despoblados, y que hoy son montones de tierra»<sup>13</sup>. Bourgoing añadiría unos años después, que el abandono de los edificios daba a Toledo un aspecto de miseria. Todo es ruina, incluso el ingenio que subía el agua a la ciudad<sup>14</sup>, como ya apreciaron visitantes anteriores, entre ellos Esteban Silhouette<sup>15</sup>, Edgard Clarke<sup>16</sup> o Richard Twiss; este último afirmaba que «apenas si hay un edificio entero en la ciudad, y la mitad de las calles están bloqueadas con montones de cascotes de las casas de ladrillo desmoronadas...»<sup>17</sup>.

Un siglo después, en 1862, en palabras de Hans Christian Andersen, se ofrecía un perfil similar con «iglesias derruidas, un desierto de piedra, una naturaleza desolada...»<sup>18</sup> y en ese mismo año el texto del cronista Martín Gamero acusaba a las «demoliciones para el aprovechamiento de materiales que se han practicado desde que rigen las leyes desamortizadoras»<sup>19</sup>, como la causa del aspecto ruinoso de la ciudad. Igual de implacable escribía Rato y Hevia al ocuparse del sector poniente de la ciudad: «...edificios caducos y renegridos, y abandonados techos que dominan hacia la parte de Occidente las márgenes del Tajo»<sup>20</sup>.

Comentaba Marañón que el historiador del arte e hispanista Carl Justi se asombró de que el pintor cretense hubiera preferido la ciudad del Tajo a las delicias de la Roma quinientista, instalándose en la «destruida fortaleza gótica, de la que, con la traslación de la corte, se había retirado también toda la vida eficaz, y los palacios se iban convirtiendo en desmoronadas ruinas»<sup>21</sup>. Precisaba acertadamente Marañón que en esa época Toledo no estaba en ruinas, pero que este error se repitió hasta la saciedad en tiempos de Justi.

Como vemos, se trata tanto de un tópico como de una realidad palpable que se remonta al siglo XVIII y que coincide con una categoría que entra en juego en toda Europa desde la Ilustración: las ruinas. Podría pensarse que a Toledo le iba como anillo al dedo; pero hay que matizar: no era lo ruinoso en sí, y menos la miseria, ya que las ruinas eran antigüedad y sentimiento ante todo. De alguna manera se adaptó esta categoría a la ruina de la ciudad. Lo comprobamos en el citado Parro cuando dedica un capítulo a las «Ruinas de edificios y

13. Antonio Ponz, *Viaje de España*, Madrid, Aguilar, 1988, Vol. I, Tomo I, Carta I, pp. 108-215.

14. «Casas desiertas, bellos edificios que caen en ruinas... áridas cercanías» en José García Mercadal, op. cit., vol. V, p. 515.

15. Escribía que nadie se había preocupado por arreglar la máquina que hacía subir agua del río, de tal forma que la ciudad «estando situada sobre una roca en la que no se pueden abrir pozos, los habitantes se ven obligados a bajar hasta las orillas del Tajo para tomar de él el agua» en *Ibidem*, vol. IV, p. 633.

16. Autor de *Letters concerning the Spanish Nation*, cit. por I. Robertson, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*, Madrid, Ediciones Serbal/CSIC, 1988, p. 39.

17. *Ibidem*, p. 83.

18. Ángel y Jesús Villar Garrido, op. cit., p. 286.

19. Antonio Martín Gamero, *Historia de la ciudad de Toledo, sus claros varones y monumentos*, Toledo, Imprenta de Severiano López Fando, 1862, p. 61.

20. Hermenegildo Rato y Hevia, *Bellezas de Toledo. Obra destinada a dar a conocer los principales monumentos y antigüedades de la Ciudad Imperial*, Toledo, Imprenta de Severiano López Fando, 1866, p. 142.

21. Cit. por Gregorio Marañón, *El Greco y Toledo*, Barcelona, RBA, 2014, p. 51.



construcciones antiguas y modernas notables». Por otro lado, la ruina se vio reforzada por los desastres que ocasionó la invasión francesa en los primeros años del siglo XIX y la Guerra de la Independencia. Las secuelas fueron habituales en casi todas las capitales de provincia afectadas. Los toledanos, en ese sentido, recalcaron siempre la masacre edilicia en el convento de San Juan de los Reyes, calamidad que a la postre favoreció las mejores intenciones de la observación y el alma romántica.

Toledo seguía siendo una ciudad sin agua, árida y seca, pero ruinoso, de edificios desmoronados, que acabarán siendo una imagen romántica. Ahora bien, hasta finales del siglo XIX ese atractivo romántico fomentó el viaje a gran número de viajeros, pero poco romanticismo encontramos en Barrès, cuando comentaba de los barrios toledanos, casi africanos, que sus casas: «están separadas por espacios pedregosos, por pudrideros rebosantes de tejas rotas...»<sup>22</sup>. Años después Félix Urabayen seguía comprobando la realidad de esta perspectiva, pues «por todas partes se ven solares abandonados, escombros, ropas puestas a secar sobre montones de ladrillos...», una tierra «tan seca y tan agria, tan arrugada y tan triste...»<sup>23</sup> que parece visualizar los paisajes de Ignacio Zuloaga.

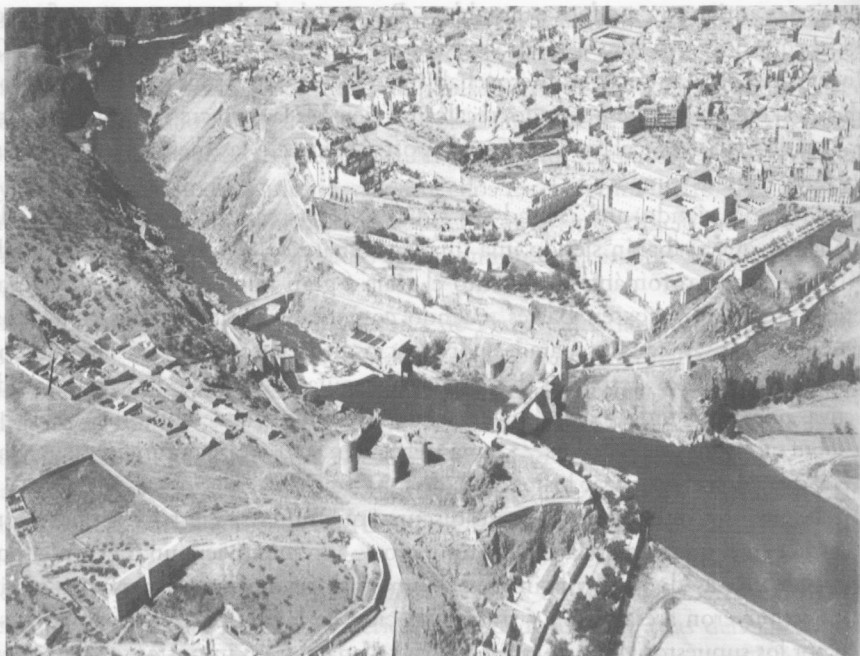
Con las mejores intenciones y en un discurso que muestra ciertas contradicciones de interpretación en el que se mezcla el conocimiento —aunque tuviera un fuerte componente intuitivo— de un pasado fértil y la imagen de una historia austera y terrosa, los escritos de Cossío, contribuyeron a esa visión y transformación de la ciudad en un pasado austero y marcado por los supuestos grises de la meseta castellana con un importante componente de reivindicación nacional: «El paisaje de Toledo resume los accidentes geográficos más típicos de las altas mesetas castellanas: la vasta, despoblada y árida llanura, donde alterna la estepa con la roja tierra de labor (La Sagra), finamente modelada por los grises cerros terciarios y suavemente surcada por el río, que avanza tranquilo en clásico meandro, bordeado de huertas y alamedas; y la abrupta y dura sierra arcaica, con sus piedras caballerías, sus encinas, su tomillo y romero, sus colmenares, sus huertos de frutales, dondequiera que asoma el agua (cigarrales)...»<sup>24</sup>.

La construcción de la ciudad dio un giro tal que desde la idea de lo que había sido se acabó construyendo la idea de lo que tenía que haber sido. Desde las lecturas del Toledo representado en la arquitectura de ese mudéjar considerado como el verdadero símbolo del sentimiento hispano, cuya interpretación dio paso a la construcción de los que estaban destinados a convertirse en hitos tan señalados de ese nacionalismo, como la Escuela de Bellas Artes y la Estación de Trenes, se pasó a la reconstrucción de unas «verdaderas» señas nacionales —que, por supuesto, no podían ser más que mudéjares—. El mudéjar ideado en los inicios, fruto de su interpretación, se convirtió en lo verdadero y aquello que se alejara de sus rigurosas pautas, se consideró ajeno. Parte de un pasado real fue mutilado y eliminado. El testimonio de muchas arquitecturas, fingimientos, jardines, patios y pensiles fue suplantado y transformado. El sentimiento de la aridez castellana parecía que había triunfado.

22. Ángel y Jesús Villar Garrido, op. cit., p. 342.

23. Félix Urabayen, *Toledo. Piedad*, Madrid, Espasa-Calpe, 1925, p. 196.

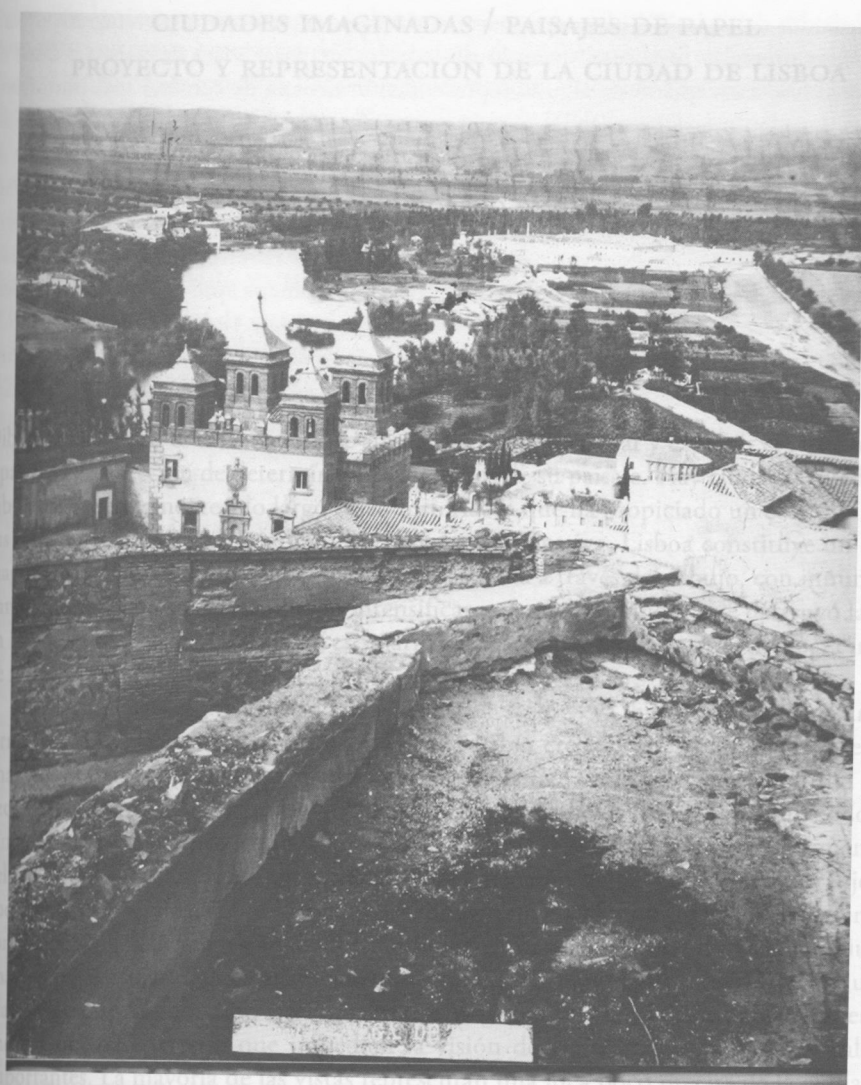
24. Manuel Bartolomé Cossío, «El arte en Toledo (1905)», en Manuel Bartolomé Cossío, *De su jornada (fragmentos)*, Madrid, Imprenta de Blass, 1929, pp. 296-311.



Fotografía aérea. Años cuarenta del pasado siglo. En primer término, la zona delimitada por el al-Hizam, con el Alcázar (en ruinas tras la guerra), Santa Cruz, Santa Fe y la Concepción Francisca. En ese lado del río, debajo, el huerto del Granadal de San Pablo y a la izquierda de la imagen, hacia el fondo, los derrumbaderos.



Vista de la ladera norte con el convento de Santo Domingo el Real al fondo.  
(Fuente: Archivo Rodríguez. Archivo Histórico Provincial de Toledo)



Casiano Alguacil (tercer tercio del siglo XIX-primer década del XX) *Imagen tomada desde el pensil de la ermita de la Virgen de Gracia, con la puerta del Cambrón en primer término y la vega baja en el horizonte*

una realidad. A pesar de las variaciones que presentan las distintas panorámicas, se pueden distinguir en ellas una serie de elementos comunes que caracterizan la ciudad y que tienen como base de información la vista realizada por Braun en 1593 (Fig. 1).

En este periodo, la representación de panorámicas de ciudades europeas se convirtió en una moda para dar a conocer la imagen de las capitales más importantes. La mayoría de las vistas utilizaban códigos y formas de expresión comunes: los edificios más importantes eran dibujados a una escala mayor que el resto de las construcciones, y se escribían los nombres de los lugares más importantes sobre el dibujo o utilizando números asociados a una leyenda. Casi todas las ciudades se representaban dentro de un entorno paisajístico y geográfico en el que se indicaban las actividades más importantes que desarrollaba la población.